

CAPITULO XIV.

ALZAMIENTO DE LOS MOROS DE GRANADA.

REBELION DE LAS ALPUJARRAS.

De 1499 á 1502.

Conducta humanitaria del arzobispo Talavera con los moros granadinos.—Efectos que produjo: conversiones.—Cisneros en Granada.—Violentas medidas que tomó para su conversion.—Quema de libros arábigos.—Muchedumbre de conversos.—Rebélanse los moros del Albaicin.—Peligro de Cisneros.—Accion heroica de Talavera.—Sosiega á los amotinados.—Culpan los reyes á Cisneros de la rebelion.—Justificase el arzobispo y los desenoja.—Conversion general de moros en Granada.—Sublevacion de moros en las Alpujarras.—Sometelos Gonzalo de Córdoba y el conde de Tendilla.—Otro alzamiento.—Acude el rey don Fernando y le sofoca.—Condiciones de la sumision.—Terrible levantamiento de los moros de Sierra Bermeja.—Ejército cristiano en la serranía.—Horrible catástrofe que sufre.—Muerte desastrosa del ilustre caballero don Alonso de Aguilar.—Gran sensacion que causa en España.—El rey con nuevo ejército en la sierra.—Sumision general de los moros.—Edicto de los Reyes Católicos.—Emigraciones y bautismos de musulmanes.—Pragmáticas de los reyes para los moros mudejares de Castilla.—Bautizanse todos los que quedan en España.—Unidad de culto en la península.

Ocho años iban á cumplirse desde la conquista de Granada. En todo este tiempo los rendidos moros habian vivido tranquilos y en paz bajo el benigno go-

bierno militar del guerrero conde de Tendilla, y bajo la prudente gobernacion eclesiástica del humanitario arzobispo don Fr. Fernando de Talavera. Estos dos ilustres varones, siguiendo los benéficos impulsos de su corazon, acomodándose á las instrucciones benévolas de la reina Isabel, y en cumplimiento de las condiciones de una capitulacion solemne, dejaban vivir á los moros en el libre goce de sus antiguas leyes y culto, reprimian los escesos y desmanes de los castellanos díscolos que á fuer de vencedores osaban inquietarlos, se granjeaban con su gobierno justo y templado el respeto y la veneracion de los musulmanes, y no era poco mérito saber mantener en paz una poblacion compuesta de tan distintos y aun encontrados elementos, y en que cada dia se ofrecian continuos motivos de discordias y de choques.

No por eso dejaba de trabajar el buen arzobispo Talavera en la obra santa de la conversion de los moros. Al contrario, se ocupaba en ella asiduamente, empleando los medios dulces y suaves á que su natural benigno le inclinaba, y que le habia dejado recomendados la reina Isabel, á saber, la instruccion, la persuasion, la caridad y el ejemplo. El digno prelado, para poder conversar mejor con los moros é iluminarlos é instruirlos en las verdades y escelencias de la religion cristiana y abrir sus entendimientos á la luz de la fé, se dedicó, á pesar de su avanzada edad, al estudio del idioma arábigo, escitó á otros eclesiásticos

á que le aprendiesen con el propio objeto, hizo escribir un vocabulario árabe, una gramática y un catecismo, y aun parece se proponía hacer lo mismo mas adelante con toda la Escritura para que los infieles bebieran en las fuentes mas puras las verdades divinas. Esto, unido á la santidad de su vida, hacia que los moros le respetáran y amáran, llamándole *el Santo Alfaki*, y atraídos por la dulzura del trato, por la doctrina, y por la pureza de costumbres del gran sacerdote, se iban convirtiendo y recibiendo el bautismo en no escaso número, atendidas las antiguas antipatías entre las dos creencias y los dos pueblos ⁽¹⁾.

Pero estos medios les parecían demasiado lentos y demasiado suaves á algunos eclesiásticos de temperamento mas fogoso y de celo mas exagerado, los cuales opinaban que no se debía guardar tanta consideracion con los infieles, y que á pesar de la capitulacion debía obligárselos á que se bautizáran al punto, ó á que vendieran sus bienes y se marcháran á Berbería, que si en ello se faltaba al tratado, sus almas lo ganarian si se bautizaban, y la tranquilidad del reino se aseguraria si ellos preferían abandonarle. Los reyes

(1) Las fuentes para esta parte de la historia, además de las biografías de los arzobispos Talavera y Cisneros, citadas en el anterior capítulo, y de los historiadores de los Reyes Católicos, Bernaldez, Mártir, Oviedo y otros, son Luis del Mármol, Rebelion de los Moriscos, Bleda, Crónica de los Moros, Pedraza, Historia eclesiástica y Antigüedad de Granada, Hurtado de Mendoza, Guerra de Granada, Ardila, Historia de los Condes de Tendilla, Pulgar el de las Hazañas, Crónica del Gran Capitán, Memorias de la Academia de la Historia, tom. VI. y las pragmáticas del reino.

sin embargo se mantenían fieles cumplidores de la capitulacion, y cuando fueron á Granada en el estío de 1499 manifestaron aprobar la política templada de Talavera para con los moros, tanto que al partir á los pocos meses para Sevilla (noviembre), dejaron recomendado á los prelados que procuráran no darles motivo de descontento.

Habia acompañado á sus reyes á Granada, y quedóse en aquella ciudad el arzobispo de Toledo Jimenez de Cisneros para trabajar en union con Talavera en la conversion de los infieles. Mas vivo, mas enérgico y menos tolerante el prelado toledano que el granadino, comenzó la obra de la conversion con la misma energía y actividad que le vimos desplegar antes en la reforma de las órdenes religiosas. Promovió conferencias con los alfaquíes, exhortábalos con fervorosos razonamientos, acompañaba sus discursos con dádivas, y les regalaba telas y vestidos á la usanza de Castilla. La elocuencia y la liberalidad de Cisneros produjo la conversion de algunos doctores; familias enteras siguieron el ejemplo de los que respetaban por sábios, y á su imitacion el pueblo pedía y se agolpaba á recibir el bautismo, siendo tal la afluencia, que habiendo acudido un dia hasta tres ó cuatro mil, y no siendo posible practicar la ceremonia de la ablucion con cada uno, recurrió Cisneros al método de aspersion, derramando el agua santa sobre los grupos con el hisopo.

Indignados con tan pronunciada defeccion los mas

fervientes mahometanos, propagaban que los cristianos faltaban á la capitulacion empleando el soborno, y hacian todos los esfuerzos posibles por contener aquel torrente. Uno de los que con mas actividad trabajaban, sin ocultar sus quejás y sus murmuraciones, era el Zegri Azaator, rico y altivo moro de los que habian mostrado mas valor en la guerra. Cisneros, cuyo genio no se arredraaba ante ninguna contrariedad y que gozaba en vencer dificultades, hizo prender al Zegri, y envió uno de sus familiares, el clérigo don Pedro de Leon, al calabozo donde le habia puesto, para que le abriera los ojos á la fé. Mas como las exhortaciones y esfuerzos del catequista fuesen infructuosos, mandó Cisneros que se pusieran al Zegri unos grillos, y le condenó á ayuno y á otras no muy tolerables privaciones. El orgulloso moro fué perdiendo su arrogancia, y con humildad mas ó menos verdadera pidió y obtuvo el bautismo, poniéndole por nombre, á indicacion suya, Gonzalo Fernandez Zegri, en memoria de un desafío ó combate que en la guerra habia tenido con Gonzalo Fernandez de Córdoba. Aquella conversion hizo una sensacion tan profunda, que los mas pertinaces moros se resolvieron á seguir su ejemplo. Cisneros aprovechó aquella especie de consternacion para redoblar su actividad, ya no solo contra los infieles, sino contra los libros de los mahometanos, y recogiendo de las bibliotecas públicas y de las librerías particulares quantas obras escritas en

arábigo pudo haber, sin atender ni al lujo exterior ni al mérito intrínseco, hizo una hoguera de todas y las redujo á pavesas en medio de la plaza de Bibarrambla, reservando solo unas trescientas que trataban de medicina para la biblioteca de su colegio de Alcalá de Henares. Asi pereció una gran parte de la riqueza literaria de los árabes españoles, siendo muy de notar y no poco de sentir que este terrible auto de fé fuera ordenado por uno de los hombres mas eminentes y mas sábios que ha tenido España ⁽¹⁾.

El rigor de Cisneros iba produciendo ya grave irritacion en los moros granadinos, que se sentian demasiado humillados, y proclamaban que se faltaba á las cláusulas mas solemnes de las capitulaciones. Crecia aquella con la persecucion que el arzobispo desplegaba contra los renegados y sus hijos, á quienes los moros llamaban *elches*, en virtud de poder conferido por el inquisidor general Fr. Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, que habia sucedido ya al célebre Torquemada. El disgusto era tal, que presentaba síntomas de estallar en rebelion, y no tardó en ocurrir un incidente que la hizo reventar, como suele acontecer cuando los ánimos están exaltados y predisuestos.

(1) No se ha podido aun averiguar que número de volúmenes desaparecieron en esta quema. Los autores españoles discrepan en esto hasta un punto que parece incomprendible. Baste decir que Gomez de Castro los reduce á cinco mil, y la Suma de la Vida de Cisneros hace subir la cifra á un millon veinte y cinco mil. Marmol dice solamente «gran copia de volúmenes de libros árabes.» Rebelion, tom. I. pág. 446.

Dos familiares del arzobispo, de aquellos que solían prender ó maltratar á los renegados ó á los moros pertinaces, y que eran ya mirados con ódio por el pueblo infiel, fueron un día al Albaicin, apresaron una jóven sirviente y la conducian á la cárcel. Los gritos de aquella desgraciada atrajeron un grupo de moros, que enfurecidos y armados de puñales insultaron y provocaron á los alguaciles, las contestaciones de estos irritaron mas los ánimos, creció el furor de la plebe, y el uno de ellos tuvo que ocultarse para salvar la vida; el otro, menos afortunado, cayó aplastado bajo el peso de una enorme piedra que sobre él arrojaron desde una ventana. Esta fué la señal de la insurreccion: los vecinos del barrio corrieron á las armas, levantaron parapetos en las calles, y un grupo de sediciosos se dirigió á la casa de Cisneros, que vivia en la Alcazaba, con propósito de asesinarle. El arzobispo armó sus criados, y se defendió con valor y serenidad toda una noche. A la mañana siguiente bajó de la Alhambra el conde de Tendilla con buen número de gente, dispersó las turbas y salvó á Cisneros. Trató el conde de exhortar y apaciguar á los amotinados; pero estos, lejos de desistir, apedrearon al escudero que el conde envió al Albaicin con proposiciones de paz. Diez dias pasaron sin poder aquietar la gente tumultuada, resuelta al parecer á defenderse hasta el último trance, proclamando que ellos no se alzaban contra los reyes, sino en favor de sus

firmas estampadas en una capitulacion y holladas por sus mismos ministros.

Cuando en vista de aquella actitud se vacilaba sobre los medios de sofocar la insurreccion, tomó el arzobispo Talavera una resolucion arriesgada y heroica. Fijado en el prestigio de su nombre para con los moros, se presentó en medio de las enfurecidas turbas acompañado solo de un capellan y llevando delante la cruz. Nunca se vió de una manera mas palpable el efecto mágico del ascendiente de un hombre benéfico y virtuoso. A la vista del semblante apacible y dulce del prelado, que ya conocian, y al recuerdo de las bondades de que le eran deudores, no solo se aplacó la airada muchedumbre, sino que se agruparon todos en derredor del Santo Alfaquí de los cristianos, y hasta los mas díscolos se apresuraban á besar sus vestiduras. Animó esto al conde de Tendilla á presentarse tambien en el Albaicin con unos pocos alabarderos: al llegar á la plaza se quitó de la cabeza su gorro de grana y le arrojó en señal de paz. Los moros le alzaron y prurumpieron en aclamaciones. Con esto se calmó el tumulto, y el de Tendilla, para inspirarles mas confianza, dejó en el barrio su muger y sus hijos pequeños como en rehenes. El pueblo quedó sosegado y tranquilo, y el cadí principal, hombre respetable y de gran influjo, dió una satisfaccion á los gobernadores cristianos entregándoles cuatro de los culpados en el asesinato del al-

guacil, los cuales fueron juzgados y ahorcados en la plaza del Beiro ⁽¹⁾.

Habian entretanto llegado nuevas y avisos de la rebelion á Fernando é Isabel que se hallaban en Sevilla; sintiéronlo amargamente, y como entendiesen que por causa del arzobispo de Toledo se habia movido tal desórden, y ayudára á confirmarlos en esta idea la circunstancia de no haber recibido cartas suyas, mostráronse muy enojados y le escribieron muy desabridos ⁽²⁾. Conoció Cisneros la necesidad de justificarse ante sus monarcas, y envió delante á su sócio predilecto Fr. Francisco Ruiz, el cual pintó los hechos de la manera mas favorable al arzobispo. Poco despues se presentó éste personalmente, é hizo la defensa de sus actos con tanta elocuencia y con tanta habilidad, que no solamente logró desenojar á los reyes, sino persuadirlos tambien de la conveniencia de no levantar mano en la obra de la conversion, añadiendo, que pues los moros habian sido rebeldes, dejaban de obligar las condiciones de la capitulacion, y por lo tanto debian ser compelidos, ó á tornarse cristianos, ó á vender sus bienes y dejar la tierra de España. Aunque Fernando é Isabel no siguieron del

(1) Mármol, Rebelion de los Moriscos, lib. I. c. 26.

(2) Cisneros habia escrito á los reyes dándoles aviso de lo que pasaba, pero tuvo la indiscrecion, estraña en él, de enviar el pliego por un negro andarin, á quien encargó que anduviese de dia y de

noche: el mensagero prometió cumplirlo asi y partió de Granada, «mas como era hombre vil y bajo (dice con cierta donosura el historiador Mármol) acordó de emborracharse en el camino, y fué tan despacio, que tardó cinco dias en llegar á Sevilla.»

todo el consejo del arzobispo, formóse proceso sobre las pasadas revueltas, lo cual debió hacerse con algun rigor, puesto que los moros del Albaicin se creyeron en la necesidad de enviar una embajada al Soldan de Egipto, diciendo que se los obligaba á ser cristianos por fuerza, y reclamando su proteccion. El Soldan atendió su demanda, é hizo intimar á los Reyes Católicos que si seguian haciendo fuerza á los rendidos moros granadinos, él haria lo propio con los cristianos que tenia en sus reinos. En su vista acordaron los monarcas españoles enviar al soberano musulman el docto Pedro Mártir de Anglería, el ilustrado escritor á quien hemos citado tantas veces, para que expusiese verbalmente á aquel príncipe los motivos de su conducta. Tan hábilmente desempeñó su cometido el clérigo milanés, que el Soldan se dió por satisfecho, y aun creyó que debia mostrarse agradecido á la generosidad de los reyes de España para con sus correligionarios ⁽¹⁾.

Viéndose los moros granadinos sin esperanza de proteccion y con un proceso abierto, algunos vendieron sus bienes y se pasaron á Berbería, pero los mas prefirieron abrazar el cristianismo. Toda la poblacion musulmana se apresuró á abjurar su antigua fé, y como era tanta la muchedumbre que se agolpaba á pedir el bautismo, dábase éste sin el tiempo necesari-

(1) Escribió Mártir la relacion á su obra *De Rebus Occaeanicis*. de su embajada en latin: va unida

rio para instruir á los convertidos en la doctrina de la nueva religion que iban á profesar. Calcúlase en cincuenta mil el número de los que en esta ocasion se bautizaron ⁽¹⁾. No era ciertamente de esperar ni suponer que todas estas conversiones fuesen sinceras; por el contrario, no era difícil preveer reincidencias ó á la fé ó á las prácticas y ritos del antiguo culto, que habian de suministrar, como aconteció, abundante pasto al tribunal encargado de la averiguacion y castigo de los delitos contra la religion. Todos, sin embargo, aplaudieron por entonces la invencible energía de Cisneros, que tan admirable cambio habia producido en el pueblo infiel.

Pero al tiempo que esto acontecia en la capital del reino granadino, túvose noticia de que los moros de las sierras y de la Alpujarra, los mas apegados á su antiguo culto y que con mas dificultad habian soltado las armas, sabedores de lo que se hacia con sus hermanos de los Albaicin y no queriendo sufrir igual suerte, trataban de alzarse en rebelion. Fernando é Isabel intentaron contenerla por medio de la siguiente carta que les dirigieron desde Sevilla: «Don Fernando »é doña Isabel, etc. A vos Ali Dordux, cadí mayor »de los moros de la Jarquia y Garbia, é á vos cadix, »alguaciles, viejos é buenos hombres moros, nues-

(1) El cura de los Palacios, Mármol, Rebel. de los Moriscos, Bernaldez, hace subir á 70.000 los convertidos en Granada y sus cercanías. Reyes Católicos, c. 159.— lib. I. c. 27.—Bleda, Coron. libro V.—Carvajal, Anal. Año 1500.

»tros vasallos de las villas é logares de la dicha Jarquia é Garbia del obispado de Málaga é Serranía de »Ronda, é cada uno de vos, salud é gracia. Sepades, »que nos es fecha relacion que algunos vos han dicho que vuestra voluntad era de vos mandar tornar »é haceros por fuerza cristianos: é porque nuestra »voluntad nunca fué, ha sido, ni es que ningun moro »tornen cristiano por fuerza, por la presente vos aseguramos é prometemos por nuestra fé é palabra »real, que no habemos de consentir ni dar logar á »que ningun moro por fuerza torne cristiano: é nos »queremos que los moros nuestros vasallos sean »asegurados é mantenidos en toda justicia como vasallos é servidores nuestros. Dada en la ciudad de »Sevilla á 27 dias del mes de enero de 1500 años.— »Yo el Rey.—Yo la Reina.—Yo Fernando de Zafra, »secretario, etc.» ⁽¹⁾.

Sin duda esta carta no llegó á tiempo, porque ya en aquella fecha los moros se habian rebelado, y propagádose el fuego de la insurreccion por todas las aldeas de aquellas ásperas montañas. La noticia del levantamiento sobresaltó al rey don Fernando, que acudió con la mayor celeridad á Granada para disponer los medios de sofocarle (27 de enero, 1500). Hallábase á la sazón en esta ciudad el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, y éste con el conde de

(1) Archivo de Simancas, Re- rias de la Academia, tomo VI. gistro general del sello.—Memo- ilustr. 15.

Tendilla salieron apresuradamente contra el enemigo, dirigiéndose á Guejar, donde los rebeldes se habian atrincherado. Los montañeses habian arado las tierras de las inmediaciones, y al tiempo de atravesarlas la caballería de los cristianos, soltaron el agua de las acequias y empantanaron el campo de modo que los caballos se hundian hasta las cinchas, siendo el blanco de los proyectiles que les arrojaban desde la altura los peones moros. Con mil trabajos y no sin pérdida ganaron los cristianos la sierra, y emprendieron con furia el ataque de Guejar. Apeáronse todos, tomaron las escalas y las aplicaron á los muros. Gonzalo de Córdoba se anticipó á todos al asalto: asido fuertemente con la mano izquierda á una almena, descargó con la derecha tan furiosa cuchillada al moro que se le puso delante, que le hizo rodar al suelo. Penetró Gonzalo en la villa, le siguieron sus soldados, pasaron á cuchillo muchos rebeldes, y los demas fueron reducidos á cautiverio (1).

A pesar de este escarmiento y de la rendicion de Montujar y otros lugares, la rebelion habia cundido de tal modo, que el mismo rey don Fernando creyó indispensable acudir en persona al foco de la insur-

(1) Mendoza, Guerra de Granada, p. 42.—Mármol, Rebel. libro I. c. 28.—Quintana, Vidas, el Gran Capitan.—Equivócase Mendoza cuando dice, hablando de este suceso: «que Gonzalo de Córdoba vivia á la sazón en Loja »desdeñado de los Reyes Católicos, abriendo ya el camino para »el título de Gran Capitan.....» Ni Gonzalo de Córdoba estaba entonces desdeñado de los Reyes Católicos, ni se abria el camino para el título de Gran Capitan, puesto que ya le obtenia, segun dejamos demostrado en el cap. XI.

reccion, é hizolo con grande ejército, como si se tratara de conquistar nuevamente aquel reino.

Los insurrectos habian formado trincheras y abierto cortaduras en los desfiladeros. Pero Fernando, que ya conocia el pais, condujo sus tropas por veredas y caminos tortuosos flanqueando la montaña que conduce á Lanjaron, pueblo situado en una de las alturas mas inaccesibles de la sierra, y defendido por tres mil moros. Sorprendidos se quedaron los rebeldes al ver tremolar las banderas cristianas en lo mas empinado de aquellas cumbres. El alcaide de los Donceles, el conde de Cifuentes, el comendador mayor de Calatrava, y otros caballeros que acompañaban al rey, asaltaron denodadamente los muros de Lanjaron y forzaron los sitiados á rendirse, á escepcion de un capitan negro que los acaudillaba, y que por no entregarse se arrojó de cabeza de lo alto de una torre haciéndose pedazos (7 de marzo, 1500).

Casi simultáneamente el conde de Loin, que habia entrado por la taha de Andarax, cercó la fortaleza de Lanjar, y se apoderó de ella empleando un sangriento y horrible medio, que fué volar con pólvora una mezquita donde se habian refugiado multitud de moriscos con sus hijos y mugeres.

Estos ejemplos de severidad, unidos al convencimiento de su impotencia, movieron á los moros á darse á partido, poniendo por mediador á Gonzalo de Córdoba, en cuya generosidad fiaban, y á quien debieron

en efecto que el rey aceptase su sumision con condiciones que sin la mediacion del Gran Capitan no hubieran tal vez obtenido. Volvióse Fernando á Sevilla, y llevando consigo la reina pasó otra vez á Granada, (julio). Allí adoptaron nuevas medidas para la conversion de los infieles de las montañas, sin lo cual no se prometian asegurar la tranquilidad de un modo permanente. Enviáronseles misioneros, se les prometieron y aun concedieron privilegios y franquicias, se empleó la persuasion y el halago, y antes de terminar el año lograron los reyes ver convertidos, por lo menos exteriormente, los moros de la Alpujarra, de Baza, de Guadix y de Almería (1).

Mas de tal manera habia encarnado el espíritu de rebelion en aquellas gentes, que á fines de aquel año y principios del siguiente (1504) estalló nueva insurreccion en la sierra de Filabres, la cual se encargó de sofocar el alcaide de los Donceles, é hizo cercando y rindiendo la villa de Belesique, donde los rebeldes se habian fortalecido, é imponiéndoles las mismas condiciones que á los del valle de Lecrin, con lo que muchos prefirieron el bautismo al castigo. Cuan-

(1) Una de estas cartas de privilegios se inserta en el tomo VI. de las Memorias de la Academia, Apénd. 14.—Eximiase á los moros del valle de Lecrin y las Alpujarras, convertidos ó que se convirtieren, de los derechos moriscos que estaban obligados á pagar, así como de los cincuenta mil ducados en que se los habia penado por el levantamiento; se devolvian los bienes muebles y raices á los hijos de los muertos ó cautivos en Lanjaron y Andarax, que habian sido aplicados al fisco, y se les hacian algunas otras mercedes. Fecho en Granada á 30 de julio de 1500.

do por aquella parte se apagaba tambien la insurreccion, levantóse otro imponente incendio en la Serranía de Ronda, especialmente en los distritos del Harabal, de Sierra Bermeja y Villaluenga, habitados por la raza africana mas belicosa y feroz, y la que habia resistido mas la sumision en la pasada guerra. Conócese que un mismo espíritu animaba á todos los moradores de las montañas, pero que faltaba á estos movimientos un plan, una direccion y un gefe. Estos últimos parece habian procurado interesar en su causa y solicitado socorro de sus hermanos de Africa; mas sin aguardar á que llegase, ellos, descendiendo de sus riscos, despues de asesinar á los misioneros cristianos, ateraban á los pueblos de la comarca con robos, cautiverios y muertes.

Para sujetar á esta gente fiera se puso un buen ejército á las órdenes de los mas ilustres y acreditados capitanes de Andalucía, entre los cuales figuraban los primeros el conde de Cifuentes, el de Ureña y don Alonso de Aguilar, el hermano mayor de Gonzalo de Córdoba, con su hijo primogénito don Pedro Fernandez de Córdoba. Esta escogida hueste penetró desde luego en la Serranía (marzo, 1504), haciendo á los moros reconcentrarse en las asperezas de Sierra Bermeja. En una de las posiciones en que acamparon los cristianos, vieron circular en derredor varias cuadrillas de enemigos de aspecto feroz. Eran los moros llamados *Gandules*, gente brava, intrépida y tenaz, que